

**El cardenal don Gil de Albornoz (1579-1649): consejero y diplomático de Felipe IV \*.**

**The cardinal Mr. Gil de Albornoz (1579-1649): counsellor and diplomat of Philip IV.**

Alberto Martín Monge  
Universidad Complutense

**Resumen:** A pesar del avance historiográfico en materias de la Corte de Felipe III y Felipe IV, del papel de la Monarquía Hispánica en Italia y viceversa, nos encontramos con un vacío significativo con respecto a la figura del cardenal don Gil de Albornoz. Por ello, a lo largo de estas páginas intentaremos esbozar las grandes etapas de este personaje, imbuido en la política del momento: desde oidor de la Real Chancillería de Valladolid hasta diplomático en Roma, pasando por regente y virrey interino de Navarra y gobernador del Estado de Milán.

**Palabras clave:** Gil de Albornoz, cardenal, XVII, Felipe IV, Roma.

**Abstract:** Despite the historiographic advance in matters of Philip III and Philip IV Courts, and the historiographic progress on the role of the Hispanic monarchy in Italy and vice versa; we find ourselves in a significant void in regard to the figure of the cardinal Don Gil de Albornoz. To try and shed some light into this historic personality, we will try to analyze and outline Mr. Gil's significant milestones, imbued in the politics of our time: from judge of the Real Chancery of Valladolid to diplomatic in Roma, Regent and Viceroy interim of Navarra and Governor of Milan.

**Key Words:** Gil de Albornoz, cardinal, XVII, Philip IV, Rome.

---

\* Artículo recibido el 17 de enero del 2017. Aceptado el 15 de mayo de 2017.

## El cardenal don Gil de Albornoz (1579-1649): consejero y diplomático de Felipe IV

### Orígenes e inicios de su carrera

En las últimas décadas hemos asistido a un aumento progresivo de los estudios historiográficos relativos a las Cortes de Felipe III y Felipe IV, la «Italia española» y la «España italiana»; sin embargo, el cardenal don Gil de Albornoz todavía no ha encontrado su sitio en un estudio a fondo. Aquí, lo que pretendemos es perfilar a grandes rasgos, y con cierto orden cronológico, quién fue este personaje y cuál fue su papel en la política del momento.

Asimismo, ha tenido que enfrentarse a la carga que supone ser tocayo y pariente de un extensamente estudiado y conocido cardenal don Gil de Albornoz (Cuenca, 1310-Viterbo, 1367)<sup>1</sup>, fundador del Real Colegio de España en Bolonia. Quizá para diferenciarlo de su homónimo, ha sido llamado muchas veces “Carrillo de Albornoz”, pero se incurre en un error; posiblemente sí que estuvo emparentado lejanamente con los Carrillo de Albornoz, condes de Montemar<sup>2</sup>, así como con los Fontes de Albornoz, alféreces mayores de Murcia<sup>3</sup>.

Don Gil de Albornoz nació en Talavera de la Reina (Toledo) en 1579, en el seno de una familia de la mediana nobleza no titulada, hijo del caballero de Calatrava Francisco de Albornoz y de Felipa Polo de Espinosa<sup>4</sup>. Para la concesión del hábito de Calatrava en 1581, su padre ya tuvo que esclarecer su linaje y el de su mujer<sup>5</sup>, por lo que

---

<sup>1</sup> Para conocer mejor a este cardenal tenemos numerosas obras, entre las que encontramos algunas clásicas como la de Juan BENEYTO PÉREZ, *El Cardenal Albornoz: hombre de iglesia y de estado en Castilla y en Italia*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1986; Evelio VERDERA Y TUELLS (ed.), *El Cardenal Albornoz y el Colegio de España*, 6 vols., Bolonia, Publicaciones del Real Colegio de España en Bolonia, 1972-1979; María Teresa FERRER y Regina SÁINZ DE LA MAZA (eds.), *Diplomatario del Cardenal Gil de Albornoz: Cancillería Pontificia (1357-1359)*, Barcelona, CSIC, 1995 (Existen también las ediciones de Emilio Sáez y José Trenchs Odena para los años 1351-1353, publicada por la Universidad de Barcelona en 1976; y la de Emilio Sáez, María Teresa Ferrer y José Trenchs Odena para los años 1354-1356, publicada por la Universidad de Barcelona en 1981). De su paso por Italia contamos con estudios de Carlos NIETO SÁNCHEZ, “La obra del cardenal don Gil de Albornoz en Italia. El Real Colegio de España” en *Toletana: cuestiones de teología e historia*, n.º.24, 2011, pp. 263-289; los célebres de Carlos SÁEZ SÁNCHEZ, “El cardenal Gil de Albornoz y los beneficios eclesiásticos en Emilia-Romaña (1353-1367)”, en *En la España medieval*, n.º. 1, 1980, pp. 423-442; e IDEM, “El cardenal Gil Álvarez de Albornoz y el impuesto de las procuraciones en Emilia-Romaña” en *Itálica*, n.º. 14, 1980, pp. 231-254. Finalmente, para el estudio del linaje, aparte de los recientes estudios de José Ignacio Ortega Cervigón, tenemos los clásicos de Salvador DE MOXÓ, “Los Albornoz. La elevación de un linaje y su expansión dominical en el siglo XIV” en *El Cardenal Albornoz y el Colegio de España*, vol. I, Zaragoza, 1972, pp. 19-80.

<sup>2</sup> Real Academia de la Historia (en adelante, RAH), 25, fol. 38r. *Índice de la colección Salazar y Castro*, 23357.

<sup>3</sup> RAH, 9/301, fol. 145r. *Índice de la colección Salazar y Castro*, 24095.

<sup>4</sup> Ángel FERNÁNDEZ COLLADO, *Obispos de la provincia de Toledo (1500-2000)*, Toledo, Estudio Teológico de San Ildefonso, 2000, p. 99.

<sup>5</sup> RAH, 9/328, fol. 3v.

sabemos que la abuela materna de nuestro cardenal era prima hermana del poderoso cardenal e inquisidor general don Diego de Espinosa<sup>6</sup>.

Su padre, nacido en 1537 en la propia Talavera, fue colegial en Salamanca en 1553, oidor de la Real Chancillería de Valladolid en 1571, consejero del Consejo de Órdenes en 1582 (para su ingreso había obtenido el hábito de Calatrava). Tuvo varios desencuentros con el marqués de Almazán, lo que pudo ser una de las causas para no ingresar en el Consejo Real en el puesto vacante del difunto Pedro Bravo de Sotomayor, pese a la recomendación del presidente del Consejo de Hacienda<sup>7</sup>, don Rodrigo Vázquez de Arce, falleciendo al poco tiempo en 1589; y es que el II marqués de Almazán, don Francisco Hurtado de Mendoza, fue un personaje muy frecuente en los pleitos de su época.

Su hermano Felipe de Albornoz, además de caballero de Santiago<sup>8</sup> también alcanzó el palacio al ser jurado, ante el marqués de Velada, mayordomo mayor, como gentilhombre de cámara de Felipe III en 1599, habiendo sido anteriormente paje de Felipe II<sup>9</sup>. En 1624 fue nombrado gobernador de la provincia de Tucumán<sup>10</sup> sustituyendo a Juan Alonso de Vera y Zárate, pidiendo la licencia de viaje a las Indias, junto con varios criados, dos años después, en 1626<sup>11</sup>. En 1632 iba a ser sustituido por Diego Fernández de Oviedo, pero éste falleció y continuó en su puesto de gobernador, llegando a conseguir la paz con los calchaquíes<sup>12</sup>. En 1637, poco antes de ser sustituido como gobernador por Francisco de Avendaño y Valdivia, enviaba una queja a Felipe IV sobre la sustracción de papeles de Estado, que incluían “cartas del conde duque de Sanlúcar y del conde de Castrillo”, por parte del visitador del arzobispo de las Charcas, fray Francisco de Borja<sup>13</sup>.

Tuvo también otros hermanos, destacando doña Juana de Albornoz, casada con Alonso Verdugo, caballero de Santiago, que fueron padres de don Alonso Verdugo de Albornoz, I conde de Torrepalma (1680)<sup>14</sup>, al que ya en 1644 encontramos solicitando una encomienda al Rey por mediación de su tío<sup>15</sup>, además de constar como su representante en algunos pleitos de España<sup>16</sup>. Este primer conde se casó con María

---

<sup>6</sup> Luis de SALAZAR Y CASTRO, *Historia genealógica de la Casa de Lara*, t. 3, Madrid, Llanos y Guzmán, 1697, pp. 399-400.

<sup>7</sup> Alejandro LÓPEZ ÁLVAREZ, “Albornoz, Francisco de.” en *Diccionario Biográfico Español*, vol. II, Madrid, Real Academia de la Historia, 2009, p. 319.

<sup>8</sup> Archivo Histórico Nacional (en adelante, AHN), OM, Caballeros Santiago, Exp. 229.

<sup>9</sup> Ignacio J. EZQUERRA REVILLA y Esther JIMÉNEZ PABLO (coords.), “Apéndice I. Lista alfabética de los servidores de la Casa de Felipe III” en José MARTÍNEZ MILLÁN y María Antonietta VISCEGLIA (dirs.): *La monarquía de Felipe III: La Casa del Rey*, vol. III, Madrid, Fundación Mapfre – Instituto de Cultura, 2008, p. 31.

<sup>10</sup> Archivo General de Indias (en adelante, AGI), Contratación, 5793, L. 1, fols. 391r-393v.

<sup>11</sup> AGI, Contratación, 5394, N. 22, s. f.

<sup>12</sup> Sandra Fabiana OLIVERO, “Albornoz y Espinosa [...]”, op. cit, p. 322.

<sup>13</sup> Archivo General de Simancas (en adelante, AGS), Charcas, 26, R. 10. N. 106, fols. 685r.-686r. Carta de Felipe de Albornoz, Gobernador de Tucumán. 15 de febrero de 1637.

<sup>14</sup> De este personaje se conserva un magnífico retrato, obra de Zurbarán en 1635 (cuando todavía no era conde y aún vivía su tío el cardenal Albornoz), conservado en el Dahlem Museum de Berlín.

<sup>15</sup> AHN, Osuna, CT. 2, D. 16, s. f. Felipe IV al cardenal Albornoz, 12 de diciembre de 1644.

<sup>16</sup> Biblioteca Universitaria de Sevilla, A 109/139 (17); *Ibidem*, A 109/139 (17.2). Don Alonso Verdugo representó a su tío en este pleito con don Miguel Bécquer, canónigo de la catedral de Sevilla, acerca de una pensión del cardenal.

Antonia de Ursúa, hija del conde de Gerena<sup>17</sup>, por lo que la Casa de nuestro don Gil de Albornoz prosperó bastante, ya con Carlos II y los primeros Borbones, consiguiendo entrar en la lista de nobles titulados. Alrededor de un siglo después de la muerte del cardenal, el III conde de Torrepalma, don Alonso Verdugo y Castilla, elevaba un memorial para conseguir la Grandeza de España (aunque hasta su hijo no se consiguió), donde expresaba los méritos de su rama Albornoz, de la que “posee el conde la Casa y mayorazgo, que se estableció en Talavera, y los singulares méritos de ella”<sup>18</sup>, mencionando la extraordinaria carrera del cardenal.

En la *Gazette* francesa de 1635 se menciona el envío de un sobrino del cardenal, en su nombre, por estar éste enfermo, a hacer la visita al duque de Mantua a Casale<sup>19</sup>, pero no se menciona qué sobrino y parece improbable que fuera el conde de Torrepalma por ser demasiado joven, pero podría ser, quizá, Esteban de Albornoz que se menciona en la misma publicación haciendo otras gestiones en Italia para su tío y que al parecer murió en la guerra con Francia defendiendo una plaza con el duque de Saboya<sup>20</sup>.

En junio de 1618 don Gil ya aparecía como regente y virrey interino de Navarra debido a la ausencia de Alonso de Idiáquez, duque de Ciudad Real, y, poco después, fue nombrado su sucesor por el conde de Aguilar dado el agravamiento de su enfermedad. En 1623 tuvo que acudir nuevamente a hacerse cargo del gobierno del Reino en ausencia del marqués de Hinojosa y de su interino, el obispo de Pamplona<sup>21</sup>, manteniéndose como regente hasta 1624. Tras este periodo navarro, en 1626 obtiene plaza en el Consejo de la Suprema Inquisición sustituyendo al recientemente fallecido Pedro Hurtado de Gaviria<sup>22</sup>.

En 1627 fue nombrado cardenal con sede en Santa Maria in Via por el Papa Urbano VIII y marchó a residir a Roma en 1630<sup>22</sup>, donde debería desempeñar labores diplomáticas para Felipe IV, siendo consagrado el 6 de octubre de ese año en la basílica de Santa María la Mayor de Roma por el cardenal Borja, asistido por Benito Baaz, obispo de Umbriatico, y Martín de León Cárdenas, obispo de Trivento, además de haber conseguido en 1628 el arcedianato de Écija y una canonjía en la catedral de Sevilla, y también en 1630 el arzobispado de Taranto (al que renunció en 1637)<sup>23</sup>.

---

<sup>17</sup> RAH, 9/294, fol. 204v. *Índice de la Colección Salazar y Castro, 21499*; RAH, 9/295, fol. 256r. *Índice de la Colección Salazar y Castro, 22001*.

<sup>18</sup> AHN, Baena, C.2, D. 113-114, s. f. *Índice y memorial genealógico de Alonso Verdugo y Castilla, [III] conde de Torrepalma y señor de Gor, para su solicitud de grandeza*.

<sup>19</sup> Téophraste RENAUDOT (dir.), *Gazette (année 1635)*, París, Bureau d'adrese, 1636, p. 78.

<sup>20</sup> *Ibidem*, pp. 495 y 573.

<sup>21</sup> José María SESÉ ALEGRE y María Dolores MARTÍNEZ ARCE, “Algunas precisiones sobre la provisión del Virreinato de Navarra en los siglos XVII y XVIII. Papel desempeñado por los miembros del Consejo Real” en *Príncipe de Viana*, año nº. 55, nº. 203, 1994, pp. 553-554.

<sup>22</sup> Dorothy METZGER HABEL, “When all of Rome was under construction”: *The building process in Baroque Roma*, Pennsylvania, Penn State University Press, 2013, p. 10. José Ramón RODRÍGUEZ BESNÉ, *El Consejo de la Suprema Inquisición. Perfil jurídico de una Institución*, Madrid, Editorial Complutense, 2000, p. 54.

<sup>23</sup> Ángel FERNÁNDEZ COLLADO, “Carrillo de Albornoz, Gil.” en *Diccionario Biográfico Español*, vol. XI, Madrid, Real Academia de la Historia, 2009, p. 741.

### Primeros años en Roma (1630-1634)

Fueron unos años tumultuosos en la Roma de Urbano VIII debido a la Guerra de los Treinta Años. A Albornoz le tocó desempeñar, junto a los cardenales Borja, De la Cueva, Montalto, Spínola y Moscoso, entre otros, un papel determinante como diplomático del Rey y cardenal de la facción española en la Curia. Al comienzo de la década de 1630 tuvo lugar el problema de la décima y otros subsidios autorizados por el Papa bajo unas condiciones preocupantes. Urbano VIII alegaba las dificultades económicas del clero para eludir el pago de las ayudas a la Monarquía Católica, y solo se enviarían 600.000 ducados por un año. Albornoz pidió a Olivares que persuadiera al Rey para no solicitar más ayudas, ya que no se conseguiría nada y se perdería mucha autoridad<sup>24</sup>.

Los ánimos se empezaron a encender, y el 8 de marzo de 1632 el cardenal Borja emitió una queja formal que alteró al Papa y causó una disputa entre cardenales<sup>25</sup>. El conde-duque, a su vez, amenazó con medidas contra el nuncio, ya que la Corona estaría gastando todos sus recursos en defensa de la fe<sup>26</sup>, habiendo sido propuesta por el cardenal Albornoz la medida de cobrar impuestos al estado eclesiástico vasallo sin licencia pontificia, como en el resto de naciones católicas<sup>27</sup>.

Al final parece que no se llegó a un acuerdo en esta cuestión, ni siquiera tras el envío a Roma del obispo de Osma don Diego Pimentel y a Juan Chumacero<sup>28</sup>, llevando un memorial de Felipe IV para el Papa<sup>29</sup>, haciéndose lo mismo desde la corte del emperador Fernando II a través de las embajadas de los cardenales Pázmány y Harrach<sup>30</sup>. Sin embargo, la Monarquía y el Papado se necesitaban y mantuvieron sus relaciones cordiales.

### Gobernador del Estado Milán (1634-1635)

En julio de 1634 toma posesión de su cargo como gobernador *ad interim* de Milán, y en enero de 1635 ya es gobernador ordinario tras la marcha del cardenal-infante don Fernando, anterior gobernador, a los Países Bajos españoles<sup>31</sup>, del que

<sup>24</sup> José Ignacio FORTEA PÉREZ, “Olivares y la contribución del clero en la monarquía católica: la décima de 1632” en *Pedralbes*, 28, 2008, p. 45.

<sup>25</sup> John H. ELLIOTT, *El conde-duque de Olivares. El político en una época de decadencia*, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1998, p. 480.

<sup>26</sup> José Ignacio FORTEA PÉREZ, “Olivares y la contribución [...]”, op. cit, p. 81.

<sup>27</sup> Fernando NEGREDO DEL CERRO, “Antes de la tormenta. La nunciatura madrileña y el gobierno de la Monarquía en vísperas de la crisis de 1632” en *Chronica Nova*, n.º. 42, 2016, p. 134.

<sup>28</sup> John H. ELLIOTT, *El conde-duque [...]*, op. cit, p. 480.

<sup>29</sup> Biblioteca Nacional de España (en adelante, BNE), Mss. 455. *Memorial de Felipe IV sobre reforma de abusos de la Curia eclesiástica...* También en Fundación Lázaro Galdiano, ms. 2-3-12 [I. 14939].

<sup>30</sup> Tibor MARTÍ, “Los antecedentes del viaje a Roma del cardenal Péter Pázmány en 1632” en José MARTÍNEZ MILLÁN y Rubén GONZÁLEZ CUERVA (coords.), *La dinastía de los Austria. Las relaciones entre la Monarquía Católica y el Imperio*, vol. I, Madrid, Polifemo, 2011, p. 183. Para ampliar sobre este tema, se puede consultar el capítulo de Peter TUSOR, “Le origini della bolla “Sancta Synodus Tridentina”. I cardinali degli Asburgo e papa Urbano VIII, 1632-1634” en *Ibidem*, pp. 205-226; y el de Silvano GIORDANO, “Urbano VIII e la Casa d’Austria durante la Guerra dei Trent’anni. La missione di tre nunzi straordinari nel 1632” en *Ibidem*, pp. 227-247.

<sup>31</sup> Gianvittorio SIGNOROTTO, *Milán español. Guerra, instituciones y gobernantes durante el reinado de Felipe IV*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2006, p. 92.

informaba al Rey acerca de su salud en 1633<sup>32</sup>, ya que por aquel entonces podría ser el segundo en la línea de sucesión al trono, debido a la muerte del infante don Carlos el año anterior. Aún el 15 de julio, en la *Gazette* francesa, desde Génova se dudaba del puesto que ocuparía Albornoz en Milán, suponiendo que podría convertirse en gobernador en ausencia del cardenal-infante y del duque de Feria, o bien podría pasar a ser consejero del primero si permanecía en Italia<sup>33</sup>.

Se preocupó de situar en puestos específicos a personas de confianza y con experiencia en la incipiente Guerra de los Treinta Años, como el gobierno de la ciudad de Como al maestro de campo Luigi Trotti, destacando su servicio, junto con su hijo, el conde Galeazzo Trotti, en los ejércitos de don Carlos Coloma<sup>34</sup>; hay que recordar que éste último, como comandante del ejército de Lombardía y castellano de la ciudad de Milán, fue designado por el Rey sucesor del gobierno *ad interim* de la misma en caso de muerte o incapacidad de Albornoz<sup>35</sup>.

Asimismo, se intentó mantener las buenas relaciones con las antiguas familias milanesas como la de Trivulzio, entregando el cardenal, de parte de Felipe IV, el Toisón de Oro al príncipe Ercole Teodoro Trivulzio, hijo del cardenal Gian Giacomo Teodoro Trivulzio<sup>36</sup>. No solo puestos militares y distinciones políticas, también intentó conseguir que se quedaran algunos artistas en Milán, como Jacques Stella, ofreciéndole el puesto de director de la Academia que fundó san Carlos Borromeo, pero finalmente declinó la oferta<sup>37</sup>, teniendo más suerte con los artistas posteriormente en Roma.

El 3 de septiembre de 1634, Felipe IV le otorga poderes para tratar las dudas que surgieran del tratado de paz entre el ducado de Saboya y la República de Génova, ya que parecía no terminar de cuajar el pago que debía el duque de Saboya por el trigo de Génova<sup>38</sup>. Los privilegios genoveses en Italia fueron unos obstáculos constantes para la Monarquía a lo largo de todo el siglo XVII. Y es que, Francisco de Melo, embajador extraordinario en Génova, ponía de manifiesto al Consejo de Estado en Madrid las dificultades que surgían al intentar trasladar tropas por dicha república, a lo que también aludía Albornoz en una carta al Conde-Duque<sup>39</sup>. Al año siguiente, en 1635, se reanuda la guerra en la Valtelina (en Lombardía), informándose desde Venecia, por el embajador conde de la Roca, para evitar una invasión de los franceses<sup>40</sup>. Mientras tanto, para la defensa del propio Estado de Milán se contaba con la colaboración militar y económica del Gran Duque de Toscana, a través de agentes florentinos como Desiderio Montemagni (secretario o embajador en Milán) o el marqués Cosimo Riccardi

<sup>32</sup> AGS, Estado, leg. 3592, 4, fol. 1r.

<sup>33</sup> Téophraste RENAUDOT (dir.), *Gazette (année 1633)*, París, Bureau d'adrese, 1634, p. 323.

<sup>34</sup> AGS, Estado, leg. 3593, 77, fol. 1r.

<sup>35</sup> Massimo Carlo GIANNINI y Gianvittorio SIGNOROTTO, *Lo Stato di Milano nel XVII secolo. Memoriali e relazioni*, Roma, Ministero per i beni e le attività culturali, 2006, p. 72.

<sup>36</sup> Téophraste RENAUDOT (dir.), *Gazette (année 1634)*, París, Bureau d'adrese, 1635, p. 453.

<sup>37</sup> David GARCÍA CUETO, "La acción cultural y el mecenazgo de los cardenales-embajadores de Felipe IV en Roma: Borja y Albornoz" en Alessandra ANSELMINI (ed.): *I rapporti tra Roma e Madrid nei secoli XVI e XVII: arte diplomazia e politica*, Roma, Gangemi, 2014, p. 351.

<sup>38</sup> BNE, Mss. 18192, fols. 223r -224r.

<sup>39</sup> AGS, Estado, leg. 3632, 45, s.f.

<sup>40</sup> *Ibidem*, Estado, leg. 3592, 84, s.f. El conde de la Roca al cardenal Albornoz, 1635.

(“governatore delle quattro compagnie di corazze che mandiamo per la difesa dello stato di Milano”)<sup>41</sup>

Para el traslado del ejército se recurrió al sistema de *etapas*, que consistía básicamente en organizar el ejército a lo largo de los lugares donde anteriormente se había provisto de los recursos para el abastecimiento de la tropa, como así informaba Albornoz a Felipe IV con respecto al tránsito entre Bestagno (Liguria) y el Monferrato<sup>42</sup>. En Francia se informaba que desde Milán se iba a trasladar el conde Giovanni Serbelloni para ir a comandar las tropas que se levantan en Cataluña<sup>43</sup>, sin saber todavía que poco después sería uno de los hoyos militares de la Monarquía.

Al año siguiente, el cardenal se ve obligado a expulsar de Milán a varios religiosos del convento de Santa María del Carmine en Pavía: dos de Piacenza, tres romanos y un piamontés, siguiendo a la medida la observancia y expulsión de los conventos lombardos a religiosos de Francia, Saboya y Parma, los tres estados invasores<sup>44</sup>. Estas medidas serían continuadas por el conde de Siruela en su paso por el gobierno de este Estado, conviniéndose que gran parte de los religiosos y religiosas de esas tierras constituían un peligro, ya que “molti de quali mal’affetti non attendono ad altro, che a spiare, scrivere, corrispondersi con nemici, parlare, e passar mali officij, per ingelosir il popolo, e che ciò succede alcuna volta ancora sotto la coperta di venir qua a predicare”, siendo también seguida esta medida por el Gran Duque de Toscana<sup>45</sup>.

Ya en 1635 Olivares estaba barajando su sustitución por el marqués de Leganés, al tiempo en que se enviaba una flota desde Nápoles y se reunía un ejército en Milán que pasaría al mando de Íñigo Vélez de Guevara *el mozo*<sup>46</sup>, futuro VIII conde de Oñate; sin embargo, en enero de este año había pedido al Papa la dispensa de residir en su sede arzobispal de Taranto con el fin de poder permanecer en Milán<sup>47</sup>, por lo que no preveía tan inminente su retirada del Ducado.

En mayo de este año sigue el cardenal como gobernador y continúa la guerra con Francia, moviendo a don Carlos Coloma a Alessandria; a don Martín de Aragón, del regimiento de españoles, a Novara; Filippo Spínola, marqués de los Balbases y general de la Caballería de Milán, a Cremona<sup>48</sup>; moviéndose tropas también desde Nápoles. Esta será una de las últimas medidas de Albornoz en Milán, ya que en junio sería sustituido. La sustitución por el marqués de Leganés se hacía necesaria debido a la calidad militar de éste y a la situación extrema de la Lombardía en estos años, siendo

---

<sup>41</sup> Francesco MARTELLI y Cristina GALASSO (eds.), *Istruzioni agli ambasciatori e inviati medicei in Spagna e nell’ “Italia spagnola” (1536-1648)*, vol. II 1587-1648, Roma, Ministero per i beni e le attività culturali, pp. 428 y 444.

<sup>42</sup> Alessandro BUONO, *Esercito, istituzioni, territorio. Alloggiamenti militari e «case herme» nello Stato di Milano (secoli XVI e XVII)*, Florencia, Firenze University Press, 2009, p. 31.

<sup>43</sup> Téophraste RENAUDOT (dir.), *Gazette (année 1635)* [...], op cit, p. 207.

<sup>44</sup> Massimo Carlo GIANNINI, “Note sul problema del controllo politico degli Ordini religiosi nell’Italia della prima metà del Seicento” en Carlos José HERNANDO SÁNCHEZ (coord.), *Roma y España. Un crisol de la cultura europea en la Edad Moderna*, vol. I, Madrid, Sociedad Estatal para la Acción Cultural Exterior, 2007, p. 555.

<sup>45</sup> *Ibidem*, p. 565.

<sup>46</sup> Ana MINGUITO PALOMARES, *Nápoles y el virrey conde de Oñate: la estrategia del poder y el resurgir del reino (1648-1653)*, Madrid, Sílex, 2011, pp. 95-96.

<sup>47</sup> Téophraste RENAUDOT (dir.), *Gazette (année 1635)* [...], op. cit, p. 47.

<sup>48</sup> *Ibidem*, p. 263.

nuestro cardenal más un diplomático de cancillerías que un gobernador de tiempos de guerra<sup>49</sup>.

### **Diplomático en Roma, cardenal de la nación española (1635-1644)**

A su vuelta a Roma desde Milán, encontramos un empeño en reactivar el Colegio de España en Bolonia, fundado hacía siglos por su pariente, el también cardenal Gil de Albornoz. El cardenal Giulio Sacchetti, antiguo nuncio en Madrid, visitó el Colegio en 1637, tras su llegada como legado papal en la ciudad, siendo recibido por el colegial más joven y el más veterano, y no fue acogido del todo mal, quizá debido a su hispanofilia; sin embargo, al año siguiente se empezó a investigar la relajación de los colegiales en relación a los estatutos del Colegio, pidiéndose al cardenal De la Cueva que intensificara esta labor que ya estaba llevando a cabo Juan de Madariaga<sup>50</sup>.

A esto se unió otro suceso un año después: el derribo de las puertas de la institución. La presión ciudadana hizo que el cardenal Girolamo Colonna, arzobispo de Bolonia, llevara a cabo este castigo, que se contrarrestó con la petición de Albornoz al Rey para ampliar las concesiones al Colegio<sup>51</sup>. Comenzaron unos años conflictivos en este asunto, donde Albornoz tendría un papel principal.

La institución albornojana tampoco pasaba unos momentos muy prósperos económicamente, por lo que pudo agravar los incidentes en el Colegio. Uno de ellos fue debido al comportamiento violento por parte de varios colegiales con el visitador, llegando a golpearlo, siendo expulsado uno de ellos, Pedro de Santillán, y además denunciados por desacato y robo otros tantos, pidiendo Urbano VIII una pena ejemplar, además de excomulgarlos, a lo que tuvo que intervenir nuestro cardenal por hallarse ausente el cardenal De la Cueva —protector de la institución.<sup>52</sup> Se abrió “una junta de los dos cardenales nacionales que aquí estamos y el cardenal Colonna”, arzobispo de Bolonia, además del secretario Paulucci. El Papa los condenó a expulsión más tres años de prisión, siendo conmutada la pena, gracias a Albornoz, por unas tareas de voluntariado “en la ciudad del obispado de que habían tenido presentación para el colegio, obligándoles a que enviasen cada 6 meses testimonio del provisor que cumplían”; sin embargo, estos colegiales abandonaron Bolonia y se refugiaron en Milán y Nápoles, donde supuestamente uno ya había conseguido plaza de catedrático<sup>53</sup>.

---

<sup>49</sup> Para ampliar la información más acerca del periodo milanés del cardenal Albornoz contamos con la obra editada por los hermanos Giovanni Battista y Giulio Cesare Malatesta: *Libro delle gride, bandi et ordini fatti e publicati nella città e Stato di Milano nel Governo dell' [...] cardinale don Gil de Albornoz [...]*, publicada en Milán en 1645, diez años después de concluir su gobierno, donde se detallan sus mandatos, algunos de ellos dedicados a acabar con el bandidaje, medida que también pondrá a prueba más adelante en Roma.

<sup>50</sup> David GARCÍA CUETO, *Seicento boloñés y Siglo de Oro español: el arte, la época, los protagonistas*, Madrid, Centro de Estudios Europa Hispánica (CEEH), 2006, p. 47.

<sup>51</sup> *Ibidem*, p. 47. José Juan PÉREZ PRECIADO, *El marqués de Leganés y las artes*, tesis doctoral inédita, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2010, pp. 285 y 951.

<sup>52</sup> Dámaso DE LARIO, *Al hilo del tiempo: controles y poderes de una España imperial*, Valencia, Universitat de València, 2004, p. 188.

<sup>53</sup> AHN, Osuna, CT. 7, D. 8, s.f. El cardenal Albornoz a Felipe IV, 11 de septiembre de 1641.



El Rey seguirá muy atento al proceso, escribiéndose con don Juan Chumacero y con el marqués de los Vélez, embajador en Roma, recalcando su protección a la institución<sup>54</sup>, posiblemente por petición constante de Albornoz. El marqués de Leganés, gobernador de Milán, abrió nuevamente la investigación, concretando con los cardenales nacionales que se dejara un solo colegial que hiciera las funciones de vicerrector, y entregando todos los bienes en custodia a un monje benedictino natural de Parma, pero el resultado fue casi peor, ya que se llevaron preso al colegial a Roma por dar poderes “en nombre del Colegio” a don Juan Bautista Villodre, magistrado de Milán, y a don Cristóbal de Calancha, pidiendo al Rey que se busque a personas cualificadas moral e intelectualmente para entregarles las llaves del Colegio<sup>55</sup>.

Felipe IV responderá que hay que buscar “más el remedio que el castigo, como se hace en los colegios destos mis reinos”, debiendo enmendarse los errores para evitar una *fuga de cerebros* ya que “es tan principal dicho Colegio y no habiendo otro en Italia para la nación española”, disponiendo que sean restituidos los colegiales “importando esto a mi servicio y a la memoria de tan ilustre fundador [cardenal Albornoz]”<sup>56</sup>, saliendo finalmente el monarca en defensa de su protegida institución. El cardenal Albornoz contestará, para concluir, que intentará cumplir con los mandatos de Su Majestad en lo relativo a este asunto, estando pendiente de los estatutos y la hacienda del Colegio junto al cardenal De la Cueva<sup>57</sup>.

Tras la muerte del famoso padre José, acontecida en 1638, consejero del cardenal Richelieu y de Luis XIII, Albornoz informaba a Olivares de los movimientos en Roma al ser entregado el capelo a Mazzarino (que más tarde ocuparía un lugar primordial en la guerra con España), apuntándose a convertirse en el líder del partido francés en la Curia, lo que tenía en gran recelo al cardenal Antonio Barberini, e instándose a que desde Madrid se tomaran medidas para afianzar el partido español<sup>58</sup>. Se pretendía promover la candidatura de Francesco Peretti di Montalto, descendiente de Sixto V, para el cardenalato, pero Urbano VIII se hizo de rogar en este asunto debido a la poca simpatía por la Monarquía Católica en estos momentos<sup>59</sup>.

El conde de Siruela, don Juan de Velasco y de la Cueva, elevó en 1642 un memorial para aconsejar sobre la Roma y el pontificado de Urbano VIII, donde comienza enunciando las posibles causas de los males de la Monarquía, justificando el desvío de tropas para la toma de la Valtelina debido a la causa católica que había detrás<sup>60</sup>. Albornoz, por su parte, seguía intentando conseguir que el Papa ilegitimase las pretensiones del Rey de Francia sobre Cataluña, teniendo éste únicamente la plaza de Perpiñán en estos momentos<sup>61</sup>.

<sup>54</sup> *Ibidem*. Felipe IV a don Juan Chumacero, 18 de febrero de 1642.

<sup>55</sup> *Ibidem*. Memorial del Colegio Mayor de San Clemente de Bolonia, 1642.

<sup>56</sup> *Ibidem*. Felipe IV al cardenal Albornoz, 29 de marzo de 1641 y 18 de febrero de 1642.

<sup>57</sup> *Ibidem*. El cardenal Albornoz a Felipe IV, 2 de junio de 1642.

<sup>58</sup> AGS, Estado, leg. 3595, 256, s.f.

<sup>59</sup> José Luis COLOMER, “1650: Velázquez en la corte pontificia. Galería de retratos de la Roma hispanófila” en Fernando CHECA CREMADES (dir.), *Cortes del Barroco. De Bernini y Velázquez a Luca Giordano*, Madrid, Sociedad Estatal para la Acción Cultural Exterior – Patrimonio Nacional, 2003, p. 45.

<sup>60</sup> BNE, Mss. 6529, fol. 7r. *Discurso de Juan de Velasco, conde de Siruela...*

<sup>61</sup> AHN, Osuna, CT. 2, D.14, s.f. Felipe IV al cardenal Albornoz, 12 de noviembre de 1643.

El marqués de los Vélez deja la embajada de Roma en 1644, debido en gran parte al enfrentamiento de 1642 con el obispo de Lamego, don Miguel de Portugal, que actuaba en la ciudad como diplomático de Juan de Braganza, recientemente autoproclamado Juan IV de Portugal, dejando como embajador extraordinario de España a Federico Savelli, miembro de una importante familia italiana al servicio de la Casa de Austria<sup>62</sup>; el suceso de Los Vélez ocurrió a su salida del Palazzo Cesi, residencia del embajador de Francia, cercano a la Fontana di Trevi, creándose un conflicto entre los carruajes y provocándose un intercambio de disparos, teniendo lugar varias víctimas mortales y heridos. El embajador portugués, ileso, se refugia en una taberna, donde pasa la noche hasta ser escoltado por la guardia papal a su residencia en el Palazzo De Cupis el día siguiente; por su parte, Los Vélez, con algunas heridas, se refugió en la residencia del cardenal Albornoz de la Piazza Colonna. Tuvo lugar un juicio en el que fueron expulsados temporalmente de la ciudad estos dos junto al cardenal Montalto, siendo *secuestrado* el cardenal De la Cueva, mientras que el obispo portugués se quedó sin el respaldo oficial del Papa en relación a la independencia de Portugal<sup>63</sup>. No será el último desencuentro con un diplomático portugués en la ciudad pontificia.

Al poco tiempo, De la Cueva y Albornoz tuvieron que hacer frente a una auditoría pública de sus rentas<sup>64</sup>, lo que acrecentó la hispanofobia del pontificado de Urbano VIII, que por esas fechas estaba ya bastante enfermo. Una turbulenta relación con Roma que se había debilitado más en los últimos años por sucesos como el cierre de la Nunciatura de Madrid o el extraño caso de Miguel de Molina, un supuesto espía que inventó que Felipe IV estaba tramando el asesinato del Papa<sup>65</sup>.

El cardenal Albornoz también se encargó de promover la festividad de la Inmaculada Concepción en la Ciudad Eterna. Fiesta de especial significado en la España de Felipe IV, se llevó a cabo una labor diplomática para extender esta tradición al resto de Europa y de los territorios hispánicos<sup>66</sup>, como queda patente en la carta enviada por el Rey a Albornoz desde Fraga en julio de 1644, pidiendo que ayude en esta tarea, junto con los cardenales De la Cueva y Montalto, al conde de Siruela<sup>67</sup>.

En marzo de 1644, meses antes de la muerte de Urbano VIII, Albornoz volvía a presionarle para conseguir la paz entre Francia y España, enviando nuncios y otros diplomáticos religiosos, hablándose ya del Congreso de Münster (que culminará en 1648), aprovechándose de la condición de italiano del cardenal Mazarino, quien podría satisfacer mejor una paz debido a la minoridad de Luis XIV y el peligro de rebeliones (la famosa Fronda)<sup>68</sup>. Y es que desde hacía algunos meses se estaba tratando desde

<sup>62</sup> David GARCÍA CUETO, “Los embajadores de España y el Imperio en Roma y la representación de la Casa de Austria en tiempos de Felipe IV” en José MARTÍNEZ MILLÁN y Rubén GONZÁLEZ CUERVA (coords.), *La dinastía de los Austria. Las relaciones entre la Monarquía Católica y el Imperio*, vol. I, Madrid, Polifemo, 2011, p. 146.

<sup>63</sup> Dorothy METZGER HABEL, “*When all of Rome* [...]”, op. cit., p. 31.

<sup>64</sup> José Manuel TROYANO CHICHARRO, “Don Alonso de la Cueva-Benavides y Mendoza-Carrillo (Granada, 1574 – Málaga, 1655)” en *Chronica Nova*, 24, 1997, p. 302.

<sup>65</sup> David SEIZ RODRIGO, *La disimulación honesta. Los Gastos Secretos en el reinado de Felipe IV entre la razón de estado y la merced cortesana*, Madrid, Endymion, 2010, pp. 318 y 326.

<sup>66</sup> Diana CARRIÓ-INVERNIZZI, *El gobierno de las imágenes. Ceremonial y mecenazgo en la Italia española de la segunda mitad del siglo XVII*, Madrid, Iberoamericana, 2008, p. 184.

<sup>67</sup> AHN, Osuna, CT. 2, D. 5, s.f.

<sup>68</sup> AGS, Estado, leg. 3599, 93, s.f.

España, a través de Albornoz y del duque de Medina de las Torres, virrey de Nápoles, la paz entre el Papa y los príncipes coligados italianos<sup>69</sup> (Parma, Toscana, Venecia, Módena) en las famosas Guerras de Castro; sin embargo, la deshonra de ser rehusada, por parte del Papa y de los príncipes de la Liga, la intervención de la Monarquía Católica aceptando la de Francia, a pesar de que seguían los trámites desde Venecia con el conde de la Roca, desde Florencia con Juan de Eraso, desde Nápoles con el duque de Medina y Ludovico Ridolfi<sup>70</sup>, agente toscano en aquel Reino, hacía más difícil la situación de la Monarquía en Italia mientras siguiera el pontificado de Urbano VIII.

Era un tiempo tumultuoso. La crítica salud del pontífice hizo mover los hilos de las facciones del Sacro Colegio, siendo aprovechada esta situación por Francia, encomendándose a Felipe IV que hiciera lo mismo y comenzara a ganarse cardenales para el partido español, pudiendo beneficiarse de las «hechuras» del cardenal Barberini<sup>71</sup>. Pocos años después se intenta remediar desde la Corte esta pérdida de poder en Roma mediante el patronato regio de diferentes lugares de culto como la Basílica de Santa María la Mayor, que se convirtió en Obra pía española en 1647 mediante la bula “Sacri Apostolatus Ministerio”<sup>72</sup>, como ya lo era la iglesia de Montserrat y Santiago de los Españoles.

El 29 de julio de 1644 fallecía el Papa y comenzaba un cónclave para elegir a su sucesor. Fue un cónclave muy conflictivo; según el cardenal Carlo de Medici, que actuaba como miembro del partido español en calidad de vasallo, Albornoz había previsto un candidato, pero no parecía contar con la aprobación de los cardenales nacionales ni los vasallos<sup>73</sup>. Parece ser que el cardenal Medici pensaba ser el portavoz de la facción española, chocando con la posición que ya tenía Albornoz en la misma, por lo que en julio de ese año se reunió una junta con el conde de Monterrey, el marqués de Castel Rodrigo y el duque del Infantado para tratar diferentes cuestiones de Roma, ratificando a Albornoz como portavoz de España<sup>74</sup>.

Al parecer, el cardenal austriaco Harrach, que estaba en el cónclave de 1644, contó en su diario la anécdota de haber tomado chocolate por primera vez gracias al cardenal Albornoz<sup>75</sup>. Como bien destaca la profesora Dorothy Metzger Habel, el candidato preferido por Albornoz y Madrid era el cardenal Pamphili, ya que ambos cardenales habrían tenido carreras parejas, siendo nombrados cardenales a la par mientras Pamphili era nuncio en Madrid y Albornoz arcediano de Burgos, sustituyendo éste al primero, en la primavera de 1644, en el cargo de cardenal camarlingo de la

<sup>69</sup> *Ibidem*, Estado, leg. 3599, 66, s.f.

<sup>70</sup> *Ibidem*, Estado, leg. 3599, 72, s.f. El cardenal Albornoz a Felipe IV, 14 de febrero de 1644.

<sup>71</sup> *Ibidem*, Estado, leg. 3599, 82, s.f. El cardenal Albornoz a Felipe IV, 20 de febrero de 1644.

<sup>72</sup> Diana CARRIÓ-INVERNIZZI, “Santiago de los Españoles en la plaza Navona (siglos XVI-XVII) en Jean-François BERNARD, «Piazza Navona, ou Place Navone, la plus belle & la plus grande»: du stade de Domitien à la place moderne, histoire d’une évolution urbaine, Roma, École française de Rome, 2014, p. 642.

<sup>73</sup> Gianvittorio SIGNOROTTO y Maria Antonietta VISCEGLIA (eds.), *Court and politics in Papal Rome, 1492-1700*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, p. 129.

<sup>74</sup> Adolfo CARRASCO MARTÍNEZ, “«Vos hablaréis en este mismo lenguaje». El aprendizaje del lenguaje diplomático por el VII Duque del Infantado, Embajador en Roma (1649-1655)” en Carlos José HERNANDO SÁNCHEZ (coord.), *Roma y España. Un crisol de la cultura europea en la Edad Moderna*, vol. I, Madrid, Sociedad Estatal para la Acción Cultural Exterior, 2007, pp. 524-525.

<sup>75</sup> Bartolomé YUN CASALILLA (dir.), *Las Redes del Imperio. Élités sociales en la articulación de la Monarquía Hispánica, 1492-1714*, Madrid, Marcial Pons, 2009, p. 276.

Cámara Apostólica, y habiendo vetado la elección del cardenal Sacchetti<sup>76</sup>, ocupando, además, según los franceses, el cargo de Tesorero de la Iglesia<sup>77</sup>.

La fuerza de la facción española estuvo presente, usándose toda la artillería, como la diligencia del cardenal Francesco Maria Brancaccio, para el que posteriormente se consiguió un hábito de Santiago y una plaza en el Consejo de Santa Clara de Nápoles para su hermano Carlos Brancaccio<sup>78</sup>, en su calidad de cardenal vasallo, contando con otros apoyos como los del cardenal Spada. Finalmente saldría electo el 15 de septiembre Giovanni Battista Pamphili con el nombre de Inocencio X.

El 6 de octubre fallecía la Reina Isabel de Borbón, empañando la favorable elección del pontífice “con que no se pudo lograr el gusto de nada”<sup>79</sup>, debido al luto de la Corte y a la desolación del Rey. Unos días después, el 10 de octubre el Rey encomendaba a don Gil y al conde de Siruela favorecer al “obispo de Crisolipo” para conseguir pacificar las Indias portuguesas y tratar con el “Rey de Idalfá y a los demás vecinos de aquellas partes”, ya que no estaban las cosas como para enviar tropas<sup>80</sup>, tratándose como estaba de conseguir la paz entre el Imperio, Francia y España y acabar de una vez la Guerra de los Treinta Años en el Congreso de Münster<sup>81</sup>.

### **El final de una vida de servicio (1645-1649)**

Hemos escogido la solitaria muerte en desgracia de Olivares, acaecida en 1645 como el momento de inflexión que marca la última etapa del cardenal Albornoz. Además, en este año abandonaba definitivamente Roma el cardenal Borja debido a su nombramiento como arzobispo de Toledo, encomendándose a don Gil la aceleración de la Bula papal<sup>82</sup>, muriendo ese mismo año, por lo que se iba poniendo fin a una generación de cardenales-diplomáticos en la Ciudad Eterna.

En ese año, Albornoz vivió otro conflicto diplomático en Roma, esta vez con respecto al recientemente sublevado reino de Portugal, similar al de 1644, y ya bajo el pontificado de Inocencio X, que como vimos era más hispanófilo que su predecesor. El conde de Siruela, como embajador, tuvo que hacer frente a las pretensiones del enviado del duque de Braganza, Nicolás Monteiro, abad y representante del clero de Portugal. Este clérigo portugués fue recibido en audiencia por el Papa, quien en un principio había denegado el encuentro por presiones del embajador español, accediendo finalmente tras deliberaciones de los cardenales. Al parecer, según el marqués de la Fuente del Torno, embajador en Venecia, y los dos cardenales españoles en Roma (Albornoz y De la Cueva), la intención de Portugal y Francia era introducir a este diplomático en la vida pública y, posiblemente, dejarlo como embajador de Portugal en

<sup>76</sup> Dorothy METZGER HABEL, “*When all of Rome* [...]”, op. cit, p. 22.

<sup>77</sup> Théophraste RENAUDOT (dir.), *Gazette (année 1644)*, n.º. 19, París, Bureau d’adrese, 1645, p. 238.

<sup>78</sup> AHN, Osuna, CT. 2, D. 22, s.f. Felipe IV al cardenal Albornoz, 9 de febrero de 1645.

<sup>79</sup> *Ibidem*, Osuna, CT. 9, D. 13, s.f. Don Luis de Haro al cardenal Albornoz, 28 de enero de 1645.

<sup>80</sup> *Ibidem*, Osuna, CT. 2, D. 15, s.f. Felipe IV al cardenal Albornoz, 10 de octubre de 1644.

<sup>81</sup> *Ibidem*, Osuna, CT. 2, D. 18, s.f. Felipe IV al cardenal Albornoz, 31 de diciembre de 1644; y respuesta, 28 de marzo de 1645.

<sup>82</sup> *Ibidem*, Osuna, CT. 2, D. 21, s.f. Felipe IV al cardenal Albornoz, 31 de enero de 1645.

Roma, con el consiguiente simbolismo del reconocimiento oficial por parte del Papa de la independencia de su Reino<sup>83</sup>.

El caso llegó a mayores y se dio permiso a un grupo de soldados castellanos para que, en caso de alguna ofensa del portugués, se le diera “algunos espaldarazos entre caballos y lacayos”, pero en ningún caso matar a nadie, cosa que no pudo evitarse al morir una persona supuestamente por defenderse estos soldados de su ataque; sin embargo, Siruela, a pesar de que siente el suceso, justifica que se castigue al “ministro del Tirano” portugués (Juan de Braganza), por ser su presencia en Roma de gran perjuicio para Felipe IV y la guerra en Portugal, coincidiendo en este parecer con los cardenales Albornoz y De la Cueva<sup>84</sup>.

En julio de 1645 se ordenaba a Siruela abandonar sus tareas en Roma y fuera sustituido por Antonio Ronquillo<sup>85</sup>, que poco después ocuparía la embajada de Génova tras la llegada del conde de Oñate a la ciudad pontificia<sup>86</sup>. En este año todavía se demostraban optimistas los distintos embajadores en relación a la Guerra de los Treinta años, como se entrevé en una carta de Juan de Eraso, también embajador en Génova, al secretario Pedro Coloma, donde se alegra “del buen ayre con que el exercito de Su Majestad [...] le dio a entender que aquellos soldados saben menear las manos y quemar aprisa la pólvora”<sup>87</sup>.

En 1646 continúa la guerra con Francia, uniéndose una nueva problemática en Italia: “la gran bellaquería del cardenal D’Este [Rinaldo D’Este] y del Duque de Módena, su hermano, que se hacen franceses sin otra causa que su ruindad”<sup>88</sup>, en palabras de un alarmado cardenal De la Cueva. Esta situación se agravó más al cortar relaciones con el cardenal D’Este y comenzar una guerra de etiqueta con los cardenales franceses<sup>89</sup>. El Congreso de Múnster no parecía dar, de momento, grandes frutos, diciendo de él el cardenal De la Cueva que es un “entretenimiento de gente ociosa y desocupada, y lo será hasta que venga el desengaño o suceda algún accidente que produzca de sí mismo la paz”<sup>90</sup>.

En 1648 partía el conde de Oñate de Roma para coger el testigo del gobierno de Nápoles en el periodo más convulso del reino (revuelta de Masaniello y República de Nápoles), dejando como legado el haber adquirido el año anterior el Palacio de la Embajada de España en la plaza de la Trinidad<sup>91</sup>, el Palazzo Monaldeschi que fue

---

<sup>83</sup> BNE, Mss. 18410, fols. 117r-119r. *Relación de la llegada a Roma del agente de las iglesias de Portugal*.

<sup>84</sup> *Ibidem*, fols. 119v-123r. *Relación de lo que ocurrió al agente de las iglesias de Portugal con unos soldados castellanos*.

<sup>85</sup> AGS, Estado, leg. 3600, 171, s.f.

<sup>86</sup> *Ibidem*, Estado, leg. 3636, 73, s.f.

<sup>87</sup> *Ibidem*, Estado, leg. 3600, 224, s.f.

<sup>88</sup> AHN, Estado, 1153, s.f. El cardenal De la Cueva al marqués de Castel-Rodrigo, 23 de febrero de 1646.

<sup>89</sup> *Ibidem*, Osuna, CT. 7, D. 19, s.f. El cardenal Albornoz a Felipe IV, 23 de marzo de 1646.

<sup>90</sup> *Ibidem*, Estado, 1153, s.f. El cardenal De la Cueva al marqués de Castel-Rodrigo, 17 de febrero de 1646.

<sup>91</sup> Maximiliano BARRIO GOZALO, *La embajada de España en Roma durante el reinado de Carlos II (1665-1700)*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2013, p. 13. Para los aspectos de etiqueta en la Corte pontificia, ver el trabajo del mismo autor, “La embajada de España ante la Corte de Roma en el siglo XVII. Ceremonial y práctica de buen gobierno” en *Studia Historica. Historia Moderna*, nº. 31, 2009, pp. 237-273; y en Maria Antonietta VISCEGLIA, *Guerra, Diplomacia y Etiqueta en la Corte de los Papas (Siglos*

financiado por él mismo para mantenerlo como residencia una vez saliera elegido cardenal; sin embargo, fue nombrado Pedro Antonio de Aragón cardenal *in pectore* en 1647 y consagrado en 1650<sup>92</sup>, por lo que, antes de abandonar la embajada, Oñate dejó un poder al cardenal Albornoz para poder vender el palacio y las propiedades adyacentes de las vías Borgognona y Fratina<sup>93</sup>.

Albornoz, en sus cartas de febrero a Pedro Coloma, critica la imprudencia de que tardará demasiado en partir la armada de Nápoles y llevársela, dejando sin gobierno y sin defensa al reino (prudentemente se tacharon esas líneas del documento), y prosigue que la tardanza de la armada ha complicado las cosas en Milán y Nápoles y ha permitido el paso de las galeras de Francia a Módena<sup>94</sup>. Y a continuación vemos cuán grande era la confianza entre monarca y cardenal al incluir éste unas durísimas palabras contra, parece, don Juan José de Austria por el motivo de la dilación en su llegada con las galeras, donde tacha muchas frases, aunque puedan leerse con facilidad por el destinatario:

“A que añaden que quien no gobernaba una escuadra de galeras, mal podrá gobernar una armada ni aconsejar [tachado: *a un príncipe tan grande en*] en la facultad que ha errado. Yo no [tachado: *soy pretendiente y así no*] puedo dejar de decir con claridad lo que conviene al servicio de Su Majestad [tachado: *V. M. me lo perdone*] y assí se me puede perdonar hablar con esta claridad...”<sup>95</sup>.

Oñate, por lo tanto, parece ser buen amigo suyo, ya que supuestamente Albornoz intentó conseguir el capelo para él, sin éxito, como vimos anteriormente, acusándole desde Madrid al cardenal de que le motivaran únicamente intereses personales, alegando éste que antes de la embajada de Oñate ni siquiera lo conocía y que su promoción cardenalicia solo beneficiaría al Rey<sup>96</sup>. Sí tuvo más suerte consiguiendo en noviembre de 1648 el cargo de canónigo de la catedral de Santiago de Compostela a una de sus “hechuras”, José de Vega y Verdugo, así como algunos regalos de los pontífices, como los 120 ducados que le regaló Urbano VIII y los 10.000 de renta de Inocencio X<sup>97</sup>, al igual que con Gregorio Romero de Morales, secretario de la embajada de Roma, o cuando discrepó con Oñate y se puso a favor de don Alonso de la Torre, agente del Rey, al que se le había acusado de poco diligente en su oficio, defendiendo Albornoz que él tenía constancia de la asistencia día y noche del agente al conde<sup>98</sup>.

Con Oñate pudo compartir impresiones acerca del estado de las cosas de Italia, como las cartas que le mandó el conde ya desde Nápoles donde le comenta que si llega a tiempo la tropa que ha pedido al conde de Haro, gobernador de Milán, podría sofocar la revuelta de Nápoles y se lamenta diciendo que “nos hace falta un conde de Fuentes en

---

xvi y xvii), Madrid, Polifemo, 2010, donde detalla aspectos como los conflictos ceremoniales entre Francia y España o la etiqueta cardenalicia.

<sup>92</sup> Dorothy METZGER HABEL, “*When all of Rome* [...]”, op. cit, p. 28.

<sup>93</sup> Ana MINGUITO PALOMARES, *Nápoles y el virrey* [...], op. cit, p. 103.

<sup>94</sup> AHN, Osuna, CT. 9, D. 2, fol. 1v-3r.

<sup>95</sup> *Ibidem*, fols. 3r-3v.

<sup>96</sup> Ana MINGUITO PALOMARES, *Nápoles y el virrey* [...], op. cit, p. 121.

<sup>97</sup> Miguel TAÍN GUZMÁN, “Il cardinale Gil Carrillo de Albornoz e il conte Íñigo Vélez de Guevara. Figura chiave del soggiorno romano e del gusto artistico del canonico José de Vega y Verdugo” en *Studia di Storia dell’Arte*, n.º.19, 2008, p. 309.

<sup>98</sup> Ana MINGUITO PALOMARES, *Nápoles y el virrey* [...], op. cit, pp. 107, 108 y 258.

Milán<sup>99</sup>, posiblemente en referencia al conde de Fuentes de Valdepero, don Pedro Enríques de Acevedo, que fue gobernador de Milán a comienzos del siglo XVII.

La amistad con el ya virrey Oñate es una prueba más de la importancia del cardenal Albornoz en Roma, ya que le sigue solicitando gestiones como el negocio del grano en plena crisis napolitana de marzo de 1648<sup>100</sup>. Tanto uno como otro se necesitaban, llegando a pedir Albornoz a Felipe IV que no aceptara la licencia del conde para abandonar Roma, porque se quedaría sin un gran ministro en la Corte pontificia<sup>101</sup>, a pesar de que posteriormente reclamó don Gil reiteradamente el reembolso de los auxilios a Oñate para la situación precaria de Nápoles, negándose e interesándose únicamente Felipe IV por mantener la situación en Roma recompensando a los aliados como el cardenal Cesi, el príncipe Ludovisio, Gerónimo Bibaldo y su hijo Juan Estevan<sup>102</sup>. Fueron ambos consultados también por el propio monarca en asuntos como la entrega por parte del duque de Parma de la isla de Ponza (en la zona del Lazio) a la princesa de Neroli, hija de Nicolás Ludovisi, príncipe de Piombino, en pago por unas deudas —50.000 ducados— que no se podían saldar de otro modo<sup>103</sup>, “pensando con esto llamarse Príncipe Libre”<sup>104</sup>.

Con don Pedro Coloma, secretario del Rey, también se entrevistó una cierta amistad, consiguiendo el cardenal entre 1648 y 1649 algunos beneficios de Inocencio X y de Felipe IV para sus hijos<sup>105</sup>, Manuel y Pedro, diciendo con cierta tristeza “y lo que estimaré siempre tener muchos empleos de su servicio”, en parte debido a la gran diligencia política de Albornoz, en parte porque su último año fue un constante bajón de salud, que parecía ya mermada desde tiempo atrás por el clima húmedo de Roma, dejándole en ocasiones postrado en la cama<sup>106</sup>, lo que se deduce que podría padecer de gota.

Hasta la llegada de nuevo embajador, quedaría Albornoz al frente de la embajada de Roma, como así informa a Filippo Spínola, marqués de los Balbases, dando cuenta del envío de una docena de bergantines a Nápoles por parte del virrey de Mallorca<sup>107</sup>, el conde de Montoro, en pleno conflicto y con la dificultad de abastecer a la ciudad “con que se impide el comercio de Nápoles por tierra, y que por mar tienen muchas falucas armadas, con que nuestros correos no pueden pasar”, dejando libertad a los franceses para llevar recursos al pueblo amotinado “como si el Reino fuera suyo”, pidiéndose auxilio a Génova hasta que llegasen de Mallorca los barcos<sup>108</sup>.

---

<sup>99</sup> AHN, Osuna, CT. 8, D. 1, s.f.

<sup>100</sup> *Ibidem*

<sup>101</sup> Miguel TAÍN GUZMÁN, “Il cardinale Gil [...]”, op. cit, p. 309.

<sup>102</sup> Ana MINGUITO PALOMARES, *Nápoles y el virrey [...]*, op. cit, p. 303.

<sup>103</sup> AHN, Osuna, CT. 2, D. 29, s.f. Felipe IV al cardenal Albornoz, 12 de junio de 1648 y 13 de junio de 1648.

<sup>104</sup> *Ibidem*, Osuna, CT. 2, D. 28, s.f. Felipe IV al cardenal Albornoz, 12 de junio de 1648.

<sup>105</sup> *Ibidem*, Osuna, CT. 2, D. 38, s.f. Pedro Coloma al cardenal Albornoz, 31 de julio de 1648; AHN, Osuna, CT. 9, D. 20, s.f. Pedro Coloma al cardenal Albornoz, 20 de agosto de 1649.

<sup>106</sup> *Ibidem*, Estado, 1153, s.f. El cardenal Albornoz al marqués de Castel-Rodrigo, 6 de enero de 1646 y 24 de febrero de 1646.

<sup>107</sup> *Ibidem*, Osuna, CT. 9, D. 4, s.f. El cardenal Albornoz al marqués de los Balbases, 15 de febrero de 1648.

<sup>108</sup> *Ibidem*. El cardenal Albornoz al marqués de los Balbases, 9 de marzo de 1648.

Vemos, pues, al cardenal haciendo las veces de intermediario entre Nápoles y Madrid, moviendo también sus hilos en Milán para proveer de una paz que parecía no alcanzarse jamás en Italia, llegándole en ocasiones peticiones de nombramientos eclesiásticos, como el caso de un altivo Ottaviano Ranz, prior del Sancti Spiritus de Palacio en Nápoles, que pide ser el Vicario de la Congregación de la Santidad, aludiendo al hecho de ser hijo de español y que conviene tener en puestos relevantes a personas de esta nación en el Reino de Nápoles<sup>109</sup>.

Durante su embajada también llevó a cabo una limpieza de bandolerismo y luchó contra el maltrato que recibían los españoles por parte de los franceses en Roma, para lo que se avisaba al Papa que permitir este abuso “es abrir una puerta a consecuencias que le serán grandísimo embarazo”<sup>110</sup>, con la fortuna de que ahora el Papa era Inocencio X y no Urbano VIII. Tuvo también que recibir quejas de algunas ciudades como Abruzzo, debido, según sus diputados enviados a Roma, al abuso de los soldados españoles, pero el cardenal-embajador no consideró esta acusación e igualmente, se vio envuelto indirectamente en el caso inquisitorial del protonotario Jerónimo de Villanueva, al llegar a Roma José Navarro de Echarren, secretario del Rey en el Consejo de Aragón y «hechura» del protonotario, con la clara intención de interceder ante el Papa por Villanueva, valiéndole a Albornoz las quejas ante la Corte del inquisidor Cabrera por amparar a dicho secretario<sup>111</sup>.

Los profesores David García Cueto y Miguel Taín han trabajado la faceta de mecenas del arte del cardenal Albornoz, que complementa a su aplicada labor política y diplomática en Roma; un mecenazgo que ya había iniciado en Milán con los ejemplos de su retrato por parte de un pintor llamado Pietro Anghiano o un mapa de dicho Estado que le habían dedicado (tasado en mil reales). En la villa que habitó a mediados de la década de 1640, en la localidad de Zagarolo, a treinta y seis kilómetros de Roma<sup>112</sup>, tuvo contacto con la comunidad barnabita del lugar, donando la silla del coro, donde se talló su heráldica, y cuatro lienzos de los evangelistas decorando la bóveda del presbiterio, además de legarles en 1649 *El Nacimiento de la Virgen* —copia del de Pietro da Cortona— y la *Huida de Egipto* —de Pietro Paolo Ubaldini—, que se colocaron en los altares del transepto<sup>113</sup>. El mecenazgo español en la ciudad durante el siglo XVII fue constante, no solo en su segunda mitad con Carpio y Medinaceli, sino ya desde los comienzos del reinado de Felipe IV<sup>114</sup>.

En sus últimos meses de vida, pese a los achaques manifiestos, como informa el conde de Peñaranda, sigue estando al frente de los negocios de la Monarquía en Roma, llegando en este año un nuevo embajador, el duque del Infantado, y siendo un

<sup>109</sup> *Ibidem*, Osuna, CT. 9, D. 17, s.f. F. Ottaviano Ranz al cardenal Albornoz, 7 de julio de 1648.

<sup>110</sup> *Ibidem*, Osuna, CT. 2, D. 37, s.f. Felipe IV al cardenal Albornoz, 18 de noviembre de 1648.

<sup>111</sup> Téophraste RENAUDOT (dir.), *Gazette (année 1648)*, Paris, Bureau d'adrese, 1649, p. 1711.

<sup>112</sup> Miguel TAÍN GUZMÁN, “Il cardinale Gil [...]”, op. cit, p. 307.

<sup>113</sup> David GARCÍA CUETO, “La acción cultural [...]”, op. cit, p. 351.

<sup>114</sup> Sobre este tema se puede consultar el trabajo de David GARCÍA CUETO, “El mecenazgo de los embajadores de Felipe IV en los conventos de Roma: Política, prestigio y devoción en la Ciudad Eterna durante el siglo XVII” en José MARTÍNEZ MILLÁN, Manuel RIVERO RODRÍGUEZ y Gijts VERSTEEGEN (coords.), *La corte en Europa: Política y religión (siglos XVI-XVIII)*, vol. III, Madrid, Polifemo, 2012, pp. 1661- 1697. Carlos PUYOL BUIL, *Inquisición y política en el reinado de Felipe IV: los procesos de Jerónimo de Villanueva y las monjas de San Plácido, 1628-1660*, Madrid, CSIC, 1993, pp. 544-547.



momento en el que parece que se va encauzando la guerra de Cataluña<sup>115</sup>, Felipe IV se casa con Mariana de Austria (por lo que puede conseguirse un heredero), a la cual don Luis de Haro retrata como “ni es delgadita ni chiquita como nos habían dicho, sino una mujer grande, hermosa, de gentil talle y disposición, condición muy amable...”<sup>116</sup>.

Como vimos, durante su paso por Roma habitó tres palacios: dos en la ciudad y uno en el campo<sup>117</sup>, pero su último año (1648-1649) lo pasó en su residencia del Campo Marzio, el palacio de la Santa Casa de Loreto, alquilando por 1.300 escudos romanos al año su antigua vivienda en la plaza Colonna a la princesa de Rossano<sup>118</sup>, Olimpia Aldobrandini, muy vinculada a las familias pontificias romanas. Allí redactaría su testamento, donde expresaba su deseo de que tras su muerte, acaecida el 19 de diciembre de 1649 en la misma Roma, fuese sepultado su cuerpo en la iglesia del hospicio de San Gioacchino y Santa Ana, de la orden de carmelitas descalzos españoles en Roma, y que fuera después trasladado al convento de la Encarnación de Talavera de la Reina, su ciudad natal, fundado por sus tíos Rodrigo de Albornoz y Teresa Saavedra, donde se encuentra actualmente su monumento fúnebre<sup>119</sup>.

En la *Gazette* de Francia de 1650, a día 20 de diciembre de 1649, se publicaba el fallecimiento del cardenal el día anterior “après une longue indisposition”, tomando ahora el control de los asuntos de España el cardenal Montalto en detrimento del cardenal De la Cueva<sup>120</sup>. Se acababa así la vida de uno de los mayores y mejores servidores de Felipe IV en Italia.

## Conclusiones

Coetáneo de los cardenales Borja y De la Cueva, pero de un linaje inferior, don Gil de Albornoz tuvo que ir escalando posiciones hasta afianzarse como un prudente diplomático de Felipe IV en la Curia romana. Una vida dedicada al servicio de la Corona entre España e Italia en el periodo de mayores adversidades de todo el siglo XVII, se sitúa en esa generación de políticos, junto a Olivares, don Luis de Haro o el conde de Oñate, entre otros, que consiguió mantener casi intacto un edificio que amenazaba ruina.

Supo escuchar al monarca y cumplir —o intentarlo, al menos— con sus mandatos. En muchos casos realizó una labor de complemento con el VIII conde de Siruela, quien merecería un monográfico propio por su gran trabajo en Roma y Milán, y del resto de embajadores, llegando donde este no podía. Se ganó su lugar como la “voz de España” en la Corte pontificia, y fue ratificada la confianza del Rey y de los distintos embajadores ordinarios y extraordinarios en Roma, a pesar de los intentos de algunos cardenales vasallos, como el cardenal Medici, de hacerse con el control del partido español en el cónclave de 1644.

<sup>115</sup> AHN, Osuna, CT. 11, D. 2, s.f. José Juan PÉREZ PRECIADO, *op. cit.*, pp. 363, 521 y 724.

<sup>116</sup> *Ibidem*, Osuna, CT. 11, D. 3, fol. 2r.

<sup>117</sup> Miguel TAÍN GUZMÁN, “El cardinale Gil [...]”, *op. cit.*, p. 305.

<sup>118</sup> David GARCÍA CUETO, “La acción cultural [...]”, *op. cit.*, p. 350.

<sup>119</sup> *Ibidem*, p. 352.

<sup>120</sup> Théophraste RENAUDOT (dir.), *Gazette (année 1650)*, Paris, Bureau d’adrese, 1651, p. 86.

Asimismo, en Roma, a pesar de no alcanzar la escala de personajes como don Gaspar de Haro o el IX duque de Medinaceli, se preocupó por apoyar a artistas y financiar la decoración de algunas iglesias o comunidades conventuales. A través de los trabajos de García Cueto, Taín y Metzger Habel, se puede comprobar la inestabilidad de la residencia del cardenal, y en ocasiones de Oñate, en Roma y alrededores mediante la compra y alquiler de diferentes palacios.

Murió a doce días de acabar la década de 1640, una década tan complicada para la Monarquía Católica, y en la que él tuvo un papel protagonista en Italia. Un lustro después desaparecerían también de la escena romana los cardenales De la Cueva y Peretti di Montalto, los dos últimos cardenales-diplomáticos españoles en Roma durante la época de Albornoz.